



At los pies de la Alhambra

Glenn Keddin

“ Enamorarse de una mujer mora era algo que un cristiano cautivo no podía o no debía permitirse en el Reino de Granada...”

Capítulo 1

Empezaba a oscurecer en el Albaicín. Las gentes retornaban a sus casas cargadas con sus enseres, con sus compras, con sus hatillos donde guardaban lo que les había quedado sin vender en aquella larga jornada de verano.

En casa, las mujeres terminaban de preparar la cena y componían la mesa a la que pronto se sentarían los miembros de la familia.

Zulaima ayudaba a su madre a colocar en la mesa cubiertos y platos. Sus hermanos jugaban en la estrecha calle aprovechando los últimos rayos de luz. Su padre, Hamed se aproximaba ya a la casa resoplando mientras vencía la última cuesta. Su padre trabaja en un taller de piezas de cerámica, en la parte baja del Albaicín.

—Hola padre. —le dijo Zulaima mientras le besaba en una mejilla.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien, mi querida niña, bien. —Respondió el padre.

—Llama a tus hermanos. Es hora de cenar.

—Sí, padre.

Sus dos hermanos Rashid y Alí obedecieron prontamente a su hermana, y entraron jadeantes en la casa.

En la cocina, Haliya, su madre, estaba desprendiéndose del mandil, para incorporarse a la mesa con los demás.

Cuando todos estuvieron sentados, Hamed inició los rezos habituales antes de cada comida. Los demás hicieron lo mismo.

Dos candiles iluminaban el modesto comedor con sus parpadeantes destellos que se reflejaban en las ocre paredes.

—He oído decir que mañana se espera en Palacio la visita de unos viajeros muy importantes que llegan desde Túnez. —dijo Hamed.

—Sí. —dijo Zulaima—. Estamos preparando un gran recibimiento para ellos.

Zulaima pertenecía a un grupo de baile que actuaba en los salones de Palacio siempre que era requerido para ello.

Ensayaban todos los días, perfeccionando su arte cada vez más para agradar a los Grandes Señores del Palacio.

Zulaima conocía muy bien los rostros de la Realeza, así como a los numerosos nobles que acompañaban a los Reyes en la Alhambra. Les había contemplado a hurtadillas, ya que estaba prohibido levantar la mirada hacia ellos, y quien era descubierto haciéndolo se le castigaba con la pena de muerte. Pero Zulaima poseía la inocente curiosidad de su juventud, y más de una vez había sido reprendida por su maestro, el honorable Mahmud.

La cena, más bien escasa, había llegado a su fin, y en casa de Zulaima, todos se disponían a retirarse a sus lechos, aunque el sueño no sería muy reparador dadas las altas temperaturas que alcanzaban las casas en esta época del año.

Zulaima, mientras esperaba ser vencida por el sueño, se dejaba llevar por sus pensamientos que la llevaban hacia mundos increíbles llenos de felicidad y de amor. Pensaba en príncipes apuestos que solicitaban su compañía. Se veía envuelta en ricas sedas, viviendo en un gran palacio, rodeada de amables siervos que le proporcionaban todo tipo de caprichos y veleidades.

Capítulo 2

Un nuevo día amanecía en Granada. Los poderosos rayos del sol se filtraban por las ventanas desde las cuales se podía contemplar La Alhambra, y más a lo lejos las altas cumbres de Sierra Nevada. A pesar de los fuertes calores del verano, aún se podían ver en las cumbres pequeños reductos de nieve que se resistían a desaparecer en los rincones más sombríos de la Sierra.

Las gentes del Albaicín descendían por las numerosas cuestas para incorporarse a sus labores allá abajo, en la explanada. Caminaban junto al río Darro hasta desembocar en la llanura granadina donde podía verse una gran extensión habitada, y desde la que, en la distancia, llegaba el sonido del ajetreo urbano. Más allá se distinguía la Vega con el verdor exuberante de las huertas, donde trabajaban numerosos cristianos que habían sido hechos prisioneros en las diferentes campañas militares del Rey de Granada. Estos cristianos trabajaban los campos a cambio de comida y techo que les ofrecían sus dueños.

Uno de estos cristianos, era Fernán, quien vivía con su único hijo Diego en las dependencias de un rico terrateniente de la Vega. La madre de Diego había fallecido años atrás a causa de unas terribles fiebres, que ningún médico había sabido cómo curar.

Diego ayudaba a su padre en las tareas del campo y ambos vivían resignados a su destino, consolándose uno al otro.

El amo les daba permiso para que, un día a la semana, se acercasen a Granada para proveerse de ropas y otros enseres, los cuales compraban a cambio de verduras y hortalizas.

El amo no temía que escapasen, puesto que, un par de cristianos solos no podrían burlar la vigilancia a la que estaba sometida toda Granada.

Diego, durante estos permisos, disfrutaba observando el ir y venir de las familias moras, algunas de las cuales deambulaban haciendo ostentación de sus ricos trajes y de la belleza de sus mujeres. Diego se quedaba prendado de los ojos de alguna mujer que pasaba a su lado, ojos negros como aceitunas, ojos sugerentes y misteriosos, tapado el resto del rostro por delicados velos de seda.

Pero Diego no osaba dirigirse a ellas, pues sabía que las mujeres moras estaban vedadas para los cristianos. Había sabido de varios hortelanos que habían sido pasados a cuchillo por aquello.

Cuando terminaban sus compras, Diego y su padre regresaban mansamente a la hacienda de su amo, para seguir sometándose a la rutina de sus quehaceres hortelanos.

Mientras caminaban de regreso, Diego dijo de pronto:

—Padre, ¿verdad que son hermosas las mujeres moras?

—Sí hijo, son hermosas, pero ya sabes que su belleza nos está prohibida. Más vale que te fijaras en alguna cristiana de la Vega. Las hay también muy hermosas.

—Pero no tanto como las moras. —dijo Diego.

—No querrás que te rebanen el cuello con un cuchillo ¿verdad Diego?

—Claro que no, padre.

—Bien, pues entonces ándate con cuidado hijo. No te dejes arrastrar por sus encantos. Vuelve la vista hacia otro lado cuando te cruces con ellas.

—Me resulta muy difícil hacer eso, padre.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero yo no quiero tener que llorar tu muerte. Bastante he sufrido ya con lo de tu madre...

—Está bien, padre, lo procuraré.

Ambos continuaron en silencio mientras se aproximaban ya a la hacienda. La noche se acercaba, y los últimos rayos de sol doraban el cielo, mientras que La Alhambra, en la lejanía, parecía haber enrojecido como si hubiese estado sometida a las brasas de una gran fragua de herrero.

Capítulo 3

Zulaima había actuado en Palacio con su grupo y se habían granjeado los vítores y las aclamaciones que lanzaban al aire todos los que les contemplaron. Derrocharon todo el arte que cabía en sus cuerpos esbeltos de bailarines. La música inundó las estancias de palacio creando un ambiente mágico y sensual.

Los huéspedes de los Reyes estaban encantados con el recibimiento con que habían sido agasajados.

Zulaima destacaba con su graciosa belleza entre sus compañeros, y sentía no sabía muy bien cómo, que la mayoría de las miradas de los presentes se dirigían hacia ella.

Cuando la actuación terminó, el grupo de baile se retiró humildemente, y cada cual se dirigió a su hogar, enchido el corazón de alegría y agradecimiento por los aplausos recibidos.

Al día siguiente, Zulaima y su madre bajaron a Granada pues necesitaban especias para la cocina. Atravesaron el Zoco donde los mercaderes ofrecían telas, recipientes, adornos, joyas y otras muchas cosas. Pero el mercado de especias se hallaba más abajo, en la explanada, en una plaza rodeada de ricas mansiones moras. Era una plaza amplia, muy cuidada, adornada con árboles que ofrecían su sombra a los mercaderes de especias. Un gran bullicio de gente se respiraba allí. Las especias eran algo indispensable en las casas, y no podía concebirse una comida sin ellas. La gente se aproximaba a los puestos y recogía unas briznas de ésto y de aquello y aspiraban su olor o paladeaban su sabor, comprobando la calidad antes de comprar.

Fernán y Diego se hallaban también en ese mercado. Habían recibido el encargo de su amo, de comprar algunas cosas en la ciudad, y entre ellas se encontraban las especias. Se aproximaron a un puesto que ofrecía varios tipos de pimienta, y trataban de discernir cuál comprar, indecisos y temerosos de no acertar con los gustos de su amo.

En aquel momento, Zulaima y su madre se acercaron al puesto de la pimienta. Haliya observaba detenidamente cada caja y cada contenido. Pero ella sabía muy bien lo que buscaba.

Mientras tanto, Diego, que seguía a su padre aquí y allá, pues era éste el más entendido, se distrajo un momento fijándose furtivamente en aquella muchacha que acompañaba a su madre.

Zulaima, como si presintiera la mirada, volvió su rostro, y se encontró con los ojos de Diego. Ambos se ruborizaron y bajaron la cabeza. A Diego el corazón parecía salirse del pecho. No oía ya los comentarios de su padre. Estaba como paralizado y... aturdido.

Haliya había pedido ya al tendero lo que quería y estaba guardando en una cesta la pimienta. Mientras tanto, Fernán había estado observando la compra y pensó que quizá aquello era también lo que él debía comprar para su amo. Así que... no lo pensó más, e hizo el pedido al tendero.

Zulaima y su madre se disponían a marcharse cuando ésta dijo:

—Vamos, hija, que nos queda un buen camino hasta el Albaicín.

—Sí...vamos, madre.

Diego, no entendió la conversación de ambas mujeres, pero sí se le quedó en la mente la última palabra: ¡Albaicín!

Capítulo 4

Diego y su padre regresaron a las huertas, cargados de especias, calzado, y otras cosas que habían adquirido. Su amo les agradeció el recado con gran sorpresa de aquellos, que esperaban recibir una buena reprimenda por no haber acertado con los mandados.

Cuando se hizo la noche, Diego y su padre se retiraron a dormir en sus humildes camastros, a un lado de la cuadra donde se encontraban un hermoso caballo, y dos mulas de carga. La paja que servía de alfombra a las caballerías, para que no se dañasen sus cascos, servía también para componer los camastros.

Diego, que no había dejado de pensar en la muchacha del mercado, desde que regresaron, se deleitaba ahora aún más con sus pensamientos. El silencio y la quietud de la noche propiciaban que su cabeza urdiera y creara cientos de ideas en torno a la muchacha. No podía dormir, pero sí podía soñar...

<< ¡El Albaicín! ese barrio...Ella vive allí. Tengo que ir allí. Tengo que encontrarla. Aunque tenga que recorrer el barrio palmo a palmo, una y mil veces, la encontraré...>>

Diego recibió el nuevo día con los ojos fijos en el techado de la cuadra. No había pegado ojo en toda la noche. Su padre le apremió:

—Vamos hijo, es hora de levantarse. Tenemos mucho que hacer hoy.

—Padre, tengo que decirte algo.

—Qué es hijo mío.

—¿Recuerdas el puesto de especias, donde compraste la pimienta?

—Claro.

—¿Recuerdas a la muchacha y a su madre que compraron antes que nosotros?

—Ummm...de la madre me acuerdo pero...

—Yo me fijé en la muchacha, en su hija. No sé lo que me pasa padre, pero tengo que verla otra vez.

—Hijo...ya te he dicho que no debes fijarte en las mujeres moras. Sabes que está prohibido relacionarse con ellas. Ni tan siquiera mirarlas. ¿Es que no lo comprendes?

—Pero padre...yo tengo que volver a verla.

—Hijo...traerás la desgracia a nuestras vidas si no cambias de parecer.

—Tengo que verla padre. Hoy mismo me marcharé. Sé donde vive. Vive en el Albaicín.

El padre arrugó la frente y su mirada se ensombreció:

—¿Sabes que te harían si te encuentran merodeando por allí? Además no puedes dejarme aquí... yo solo con la labor...

—Padre, dame tu permiso para ir. ¡Dámelo, te lo ruego!

- No, no puedo, no puedes marcharte. No quiero perderte.
- Padre... con tu permiso o sin él... he de irme.
- Piénsalo bien hijo. Piensa bien lo que haces.
- Estoy decidido, padre.

Diego se había ya vestido y se dirigía a la puerta. Su padre le detuvo:

—Quítate esas ropas hijo. Con ellas no llegarás muy lejos. Has de vestir al menos como los moros. Tengo guardadas algunas prendas que me dejó el amo...

Diego se las puso sin rechistar y se dispuso a despedirse:

—No te preocupes por mí padre. Volveré en cuanto la haya visto. Ya me las arreglaré...

—¿Y el amo? ¿Has pensado en lo que dirá el amo? Quizá te denuncie y seas perseguido...No quiero ni pensarlo...

—No padre, no ocurrirá tal cosa.

—Yo... puedo decirle..., puedo hacerle comprender que...¡Oh Dios mío!

—Adiós padre. —ambos se abrazaron.

—Volveré pronto...no sé....

—Cuídate bien hijo...no te pongas en peligro...

Diego se alejó cuidando de no ser visto. Su padre se quedó llorando, apoyado en una pared de la cuadra.

Diego se dirigió hacia Granada siguiendo un camino que transcurría paralelo al río Genil. A pesar de la hora temprana, el sol ya picaba en la piel. Caminaba mitad apesadumbrado, mitad feliz.

Llegado el mediodía se detuvo junto al río a comer algo que llevaba en una especie de zurrón. Se encontraba ya en Granada, junto a un hermoso jardín donde una fuente de mármol vertía

alegremente varios chorros de agua. Alrededor de la fuente, árboles inmensos prestaban su sombra a un nutrido grupo de personas: arrieros, mercaderes, viajeros. Se habían detenido al parecer ellos también para descansar y comer.

Después de dar buena cuenta de las viandas, Diego echó a andar hacia el norte mientras contemplaba las colinas que se recortaban a lo lejos, plagadas de casas blancas.

Ascendió por anchas calles contemplando a uno y otro lado ricas mansiones y pequeños palacios. Jardines y plazas por doquier, y siempre una fuente salía a su paso con el sonido cantarín del agua.

Al llegar a una encrucijada de calles muy concurridas torció a la derecha y empezó a vislumbrar La Alhambra, majestuosa en lo alto. El río Darro que lamía con sus aguas las murallas del Palacio, aparecía ahora ante él dándole una sensación de frescor y de alivio que no pudo por menos de detenerse y sentarse a su orilla para disfrutar de ese momento.

El Albaicín se erguía a su izquierda en una colina que parecía estar hecha para contemplar La Alhambra.

Capítulo 5

En lo alto del Albaicín, la colina se suavizaba y dejaba paso a una moderada llanura, en la cual se asentaban diversas industrias que abastecían las necesidades de la ciudad: fábricas de azulejos, almazaras, bodegas, artesanías del cuero, zapaterías...

Allí también, en una casona cedida por los vecinos, ensayaban Zulaima y sus compañeros los diversos bailes y melodías que

después ofrecían al público de Granada y a los residentes de los Palacios. La música se escapaba por las estrechas ventanas y se desvanecía en el aire puro del Albaicín. Las gentes que pasaban al lado de la casona, no podían por menos que emocionarse al verse envueltos en aquella dulce música.

Solían ensayar por las tardes cuando ya el sol perdía su fuerza y los aromas de los cipreses se extendían por las entroncadas calles. De vez en cuando, los bailarines y los músicos salían a refrescarse a una pequeña fuente cercana y se sentaban en la cerca de piedra de un mirador desde el que se dominaba todo el palacio de La Alhambra.

Zulaima, con el rostro encendido por la agitación del baile, se abanicaba con ambas manos mientras soltaba el aire guardado en sus carrillos con un soplido de alivio.

Al terminar el ensayo, descendió por las callejuelas empedradas y enseguida se metió en su casa.

Diego, el hortelano de la Vega, con su zurrón al hombro, caminaba junto al Darro mezclándose con las gentes moras que apenas reparaban en él. Su tez era morena, curtida por el sol, su pelo greñudo y negro. No destacaba del resto de los muchachos que deambulaban por allí. De cuando en cuando la vista se le iba detrás de alguna muchacha sentada a la puerta de su casa.

Observaba atentamente los rostros de las mujeres que se cruzaban con él, los ojos, la figura, la manera de andar. Pero ninguna de ellas parecía ser la muchacha del mercado.

¿Cómo podría encontrarla? ¿Cómo distinguirla, si solo había podido ver sus ojos aquella mañana en el mercado? Quizá tendría que volverse a la Vega sin haber podido verla. Hasta ese momento

no se le había ocurrido tal posibilidad. Una ráfaga de tristeza cruzó por su mente.

De repente, recordó que la madre de ella había dejado entrever en el mercado, un mechón de pelo blanco que sobresalía del pañuelo de seda con el que cubría su cabeza, y que tapaba parcialmente su amplia y morena frente. Quizá este detalle le sirviese de ayuda. <<¡Dios lo quisiera!>>

Anochece ya en el Albaicín, y Diego viéndose obligado a buscar refugio para pasar la noche, remontó las empinadas calles, y dejó atrás el barrio introduciéndose en un olivar cercano.

Parecía un buen lugar para pernoctar, lejos de las miradas de los habitantes del barrio, y lejos del bullicio de las callejuelas.

Bajó su zurrón, se sentó y con las últimas luces comió algo de tocino con un mendrugo de pan. Después, acomodó el zurrón bajo un olivo y se recostó, dejándose vencer lentamente por el sueño.

Capítulo 6

La claridad del amanecer envolvió poco a poco al hortelano. Los pájaros habían comenzado con sus cánticos. Ya no era posible seguir durmiendo. Caravanas de arrieros descendían por un camino cercano hacia el Albaicín. Diego se levantó, recogió su zurrón y echó a andar. En el barrio ya había movimiento de gentes. Un mercadillo de frutas se estaba formando en una plaza. Los arrieros descargaban allí sus mercancías: enormes cestos repletos de las más frescas y jugosas frutas.

Haliya, la madre de Zulaima, se disponía a salir para ir al mercadillo:

—Zulaima, ¿vas a venir conmigo?

—Madre, ve yendo tú que yo te alcanzaré. Aún no he terminado de arreglarme.

—Está bien. No tardes.

La madre se dirigió a la izquierda, remontando una suave cuesta en curva. A su izquierda veía las paredes encaladas de las pequeñas pero hermosas casas del barrio. A la derecha, casi sin obstáculos veía la Alhambra envuelta en los rayos de sol de la mañana. El cielo estaba azul y limpio.

Diego había dejado atrás el mercadillo y descendía con un poco de desgana por las estrechas calles. Se cruzó con varias mujeres en su recorrido, las miró, casi sin esperanza, y continuó andando. Al volver una esquina, una mujer joven se aproximaba con paso más bien rápido, como si llevase prisa. Diego se fijó en ella en la distancia, y algo en su interior empezó a removerse.

La mujer, al acercarse, disminuyó el paso y fijó su mirada en él. Le reconoció, se ruborizó, detuvo su pasos a poca distancia de él. Luego, ella le sobrepasó y continuó... Diego la siguió con la mirada, ella se volvió un instante y después continuó andando. Él no sabía qué hacer, pero la siguió a cierta distancia.

Al llegar a un pequeño recodo de la calle, situado junto a un mirador, ella se sentó en un banco de piedra a cuyas espaldas, había un pequeño jardín que ocultaba aquel rincón de la vista de los viandantes.

Diego se aproximó temblando, y se sentó junto a ella. Se miraron. Él con mirada de sorpresa y de emoción. Ella con mirada serena y misteriosa.

—¡Eres tú! —dijo él con la voz quebrada.
Ella asintió.

—¡Gracias a Dios que te he encontrado! He estado buscándote por todo el Albaicín.

Ella pareció sonreír levemente bajo su velo.

—Desde el otro día, en el mercado, no he dejado de pensar en tí. Ni de día, ni de noche.

Ella volvió a asentir.

—Ya sé que no entiendes lo que digo pero... yo te amo. Te amo más que a nadie en este mundo. Te amé desde el primer momento que te ví.

Ella pareció volver a sonreír bajo el velo. Extendió sigilosamente una mano y él se la tomó. Ambos se estremecieron y sus caras se encendieron. La mano de ella era suave como el terciopelo aunque un poco fría. La de él áspera como el esparto pero caliente como el mismo sol que sobre ellos caía.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó él.
Ella arrugó el ceño pues no le entendía.

—Yo me llamo Diego ¿Comprendes?, Diego. —mientras decía esto, se apuntaba con un dedo hacia el pecho.

Ella asintió.
—Zulaima...Zulaima.
—¿Zulaima? Qué bonito nombre.

Se encontraban a gusto, uno al lado del otro, con las manos entrelazadas, cegados por los rayos del sol que se elevaba lentamente sobre la Alhambra.

—Zulaima, ¿tú me amas?

No respondió.

—¿Te gusto?...¿Me quieres?

Ninguna respuesta, ningún movimiento.

—Tú....a mí... —con su mano libre la señaló a ella, y después se señaló a sí mismo.

Ella asintió y se sonrió. Sus ojos negros parecían ahora más tiernos y más amables. A él le pareció que incluso se humedecían.

Ella soltó su mano, y le miró más fijamente de lo que lo había hecho hasta ahora. De pronto se levantó y se marchó calle arriba.

Esta vez no se volvió. Él no la siguió. Permaneció allí sentado, lleno de amor, contemplando cómo se iba, cómo desaparecía, y entonces bajó la cabeza.

Capítulo 7

Haliya había terminado ya de hacer sus compras, y se disponía a regresar a casa, cuando apareció Zulaima:

—¿Dónde has estado hija mía? Creí que ya no venías. Cógeme este cesto.

—Madre, perdóname. Me he encontrado con alguien...

—¿Con quién?

—¿Recuerdas cuando estuvimos comprando pimienta en el mercado de Granada?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y recuerdas a un padre y su hijo que esperaban el turno detrás de nosotras?

—No...no recuerdo.

—Bueno, pues aquel muchacho, el hijo, ha venido a verme.

—¿Ha venido a verte...a ti?

—Sí madre.

—Veo que la visita te ha gustado...¿No es cierto mi niña?

—Sí madre, iclaro que me ha gustado!...pero...

—Qué ocurre.

—Él es un cristiano madre.

El rostro de Haliya se puso blanco, y pareció estremecerse. Agarró los brazos cruzados de su hija, como sosteniéndose para no desmayarse.

—Hija, ya sabes que nuestra religión prohíbe el trato con cristianos. Y si se llegase a saber...—Su mirada se enturbió y pareció encojarse.

—Lo sé muy bien, madre. Pero...

—Te prohíbo que vuelvas a verle, Zulaima. ¡Huye de él como del diablo!

—Madre...

—Traerás la desgracia a nuestra familia si vuelves a verle ¿me oyes?

Zulaima bajó la cabeza sin contestar.

—Es mejor que no le digamos nada de esto a tu padre. Pero prométeme que no le verás más.

—¿Y si él se empeña en verme?

—Entonces...habrá que impedírselo.

—¿Por qué tienen que ser así las cosas madre?¿Acaso el amor es algo malo?

—Cuando se trata de cristianos ¡sí! —contestó Haliya, elevando su voz malhumorada.

Entraron en casa, silenciosamente ahora.

Diego caminaba ahora, bajando una escalinata empedrada que desembocaba en el Darro. Se acariciaba las manos, como anhelando el tacto de ella. Se las llevaba a la cara y se cubría con ellas el rostro mientras aspiraba profundamente el olor perfumado que ella había dejado. Por una parte se encontraba feliz de haberla visto, pero por otro, se sentía triste de no estar ya junto a ella.

Sus pasos discurrían ahora junto al Darro, siguiendo la dirección de su corriente. No se percató de que más adelante dos soldados del Rey le estaban observando. Cuando llegó junto a ellos, le impidieron el paso:

—¿Cómo te llamas forastero?

Diego permaneció callado.

—Tú no eres de este barrio ¿no es cierto?

Continuó su silencio.

—¡Habla!...si no lo haces te arrepentirás de ello.

Diego trató de huir...

—¡Quieto! Maldito.

—¡Dejadme! ¡Quitazme las manos de encima!

—Ah... con que eres cristiano...

Ambos le agarraron fuertemente por los brazos y se lo llevaron a rastras. Lo condujeron a través de un puente, después un pasadizo. Mas allá unas enormes puertas custodiadas por dos centinelas se abrieron. Caminaron por un pasillo abovedado al final del cual se veían unas rejas de hierro. Empujándole salvajemente le introdujeron en una mazmorra. Diego chocó violentamente contra el suelo de piedra. Notó que de su frente caían densas gotas de sangre:

—Esto es lo que les pasa a los cristianos que se atreven a merodear por el Palacio. ¡Ahí te pudrirás cristiano!

Las gentes que en ese momento deambulaban junto al Darro, pudieron contemplar la escena, y murmuraban unos con otros en pequeños corros.

«Es un cristiano» decían unos.

«No, no lo era, pues vestía como nosotros» decían otros.

«Le han llevado a las mazmorras» comentaban más allá.

Pronto, la noticia corrió como la pólvora. Todo el Albaicín sabía que habían atrapado a un cristiano que caminaba junto al Darro. Poco después, lo sabría toda Granada.

Capítulo 8

En la Vega, Fernán, el padre de Diego trabajaba de sol a sol en la huerta, procurando que el amo no sintiese necesidad de pedir otro siervo a consecuencia de la ausencia de Diego.

Fernán había contado a su amo toda la verdad sobre la marcha de su hijo y parecía que el amo había mostrado comprensión, e incluso había parecido que se compadecía de la situación en que había quedado Fernán.

Aquella noche, cuando las labores habían ya finalizado y Fernán regresaba de las huertas, el amo le llamó y le contó lo que había oído en Granada. Fernán no hablaba el idioma de su amo pero en cambio entendía suficientemente lo que él le decía:

Habían hecho preso a un cristiano en los alrededores de la Alhambra. Era un muchacho joven, de la edad aproximada de Diego. Estaba encerrado en las mazmorras de Palacio.

Fernán al oír todo esto, dejó caer los brazos y la azada que había estado sujetando cayó al suelo, levantando una pequeña nube de polvo. Era como si el alma de Fernán hubiese caído también al suelo.

El amo le dijo que procuraría enterarse de quién era el muchacho preso. Que él mismo iría a la Alhambra. Que no se preocupase. Había la posibilidad de que no fuese Diego.

Fernán no durmió apenas aquella noche. Estuvo sollozando hasta que, rendido como estaba se dejó vencer por el sueño.

Zulaima contemplaba la luna en aquella noche serena de verano. Un ligero airecillo cálido acariciaba el rostro de la bella muchacha. Sentada en un mirador próximo a su casa podía ver las luces encendidas en las salas de Palacio. Luces que en unas estancias eran encendidas, mientras que en otras, se apagaban; este encender y apagar, denotaba el ajetreo de Palacio, y demostraba cuán grande era la actividad allí dentro.

Su padre regresaba ya del trabajo, y Zulaima y él entraron en la casa.

—Padre, hoy has venido más tarde que de costumbre.

—Sí hija, me entretuvieron en el camino con una noticia...Al parecer han descubierto a un cristiano merodeando junto al Darro. Le han detenido y llevado a Palacio.

—¿Será eso cierto padre? —dijo ella con el corazón encogido.

—Bueno...¿por qué no iba a ser cierto? Mucha gente lo vió.

—Y... ese cristiano, ¿se sabe como era?, quiero decir... si era joven o viejo...

—Dicen que era joven. Además vestía como nosotros. Ya no se puede estar seguro en este barrio...

Se sentaron todos a cenar. Hamed comenzó los rezos y los demás le siguieron, como siempre.

Zulaima apenas probó bocado. Durante la cena había intercambiado sigilosas miradas con su madre.

Cuando terminaron la cena, Zulaima se retiró apesadumbrada.

—¿Te pasa algo hija? —Le preguntó Hamed.

—No...nada, padre. Sólo es que estoy algo cansada.

—Que descanses bien hija.

—Lo mismo te deseo padre. —Ella se acercó a su mejilla y le dio un beso— ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches hija!

Zulaima no podía conciliar el sueño, ocupada su mente como estaba, pensando en Diego. ¿Sería él a quien habían apresado? «Seguro que sí» se dijo a sí misma.

Sus ojos descargaban gruesas lágrimas que se derramaban precipitadamente sobre la almohada. Sus brazos permanecían tendidos, colgando fuera de la cama. Apretaba sus puños en la oscuridad como tratando de vencer su desesperación. Se agitaba dentro de las sábanas y se tapaba la boca con la almohada intentando ahogar su llanto.

Capítulo 9

Las mazmorras de Palacio eran frías y húmedas. Cada preso estaba situado en una celda aislada de los demás. Estaba prohibido que los presos hablasen entre sí, bajo pena de tortura.

Diego podía oír los movimientos de los demás presos, su respiración, sus quejidos.

«Ahí te pudrirás» había dicho uno de los soldados que le habían arrestado. Viendo lo que veía, Diego no dudaba de esas palabras.

De cuando en cuando, se oían rumores de guardias en los pasillos de las mazmorras, y poco después se veía como sacaban el cadáver de algún pobre preso, fallecido de hambre e inanición.

Los presos no recibían comida ni bebida. No disponían de mantas para protegerse del frío de las celdas, y su vestimenta era la misma con la que habían ingresado en las celdas.

Zulaima lo había estado pensando durante la noche, después de llorar a Diego: Hablaría con el honorable Mahmud, su maestro. Él la ayudaría. Él la acompañaría a Palacio para interceder por la libertad de Diego.

Con las primeras horas de la mañana, Zulaima se encaminó hacia la casa de Mahmud, que vivía en el alto Albaicín. El maestro se disponía a salir de su casa cuando ella llegó:

—Zulaima, ¡qué sorpresa!, ¿qué te trae por aquí a tan temprana hora?

—Maestro, vengo en busca de tu ayuda. Han apresado a un cristiano en Palacio. Un cristiano, que no ha cometido otro delito sino el de venir a verme al Albaicín. Le apresaron después de haber hablado conmigo.

—Zulaima...lo que has hecho es algo grave...hablar con un cristiano...

—Pero maestro...no hicimos otra cosa que hablar. El arriesgó su vida tan sólo por verme...tan sólo por amor...

—Mi pequeña Zulaima...tú te enamorastes un poco de él, ¿no es cierto?

—Sí, lo es. Pero...maestro, él no merece ser apresado tan sólo por eso. Morirá en las mazmorras si no le ayudamos.

—¿Y has venido a verme pensando en que yo tengo poder para liberarlo?

—Maestro, no sé si tienes ese poder. Lo que sí sé es que yo tengo que hacer lo que pueda por él, y sólo se me ocurrió buscar tu ayuda.

Mahmud se pasó una mano por la cabeza, mientras pensaba cómo él, un simple maestro de música y danza, podría ayudar a un cristiano preso. Al fin dijo:

—Bueno, está bien. Habrá que intentarlo Zulaima. Vamos pues...

Los dos descendieron hasta el Darro, atravesaron el puente que conducía a la Alhambra y llegaron a las puertas del Palacio. Los centinelas les salieron al paso:

—¿Qué buscáis aquí ciudadanos?

—Somos Zulaima y Mahmud, del grupo de baile del Albaicín. Nos trae un importante asunto que quisiéramos transmitir a nuestro poderoso Rey.

—¿Acaso no sabéis que el Rey está muy ocupado, y no dispone de tiempo para recibir a unos simples bailarines como vosotros? ¡Largaos de aquí antes de que pierda mi paciencia!

—Yo soy Mahmud el maestro, ¿acaso no me reconocéis?

—¡Claro que os reconozco Mahmud!, pero vos sólo tenéis autorización para entrar en Palacio cuando vos y vuestro grupo sois requeridos para actuar ante el Rey y su corte.

—Pero, ¡por Alá!, mirad que el asunto que nos trae es de vida o muerte centinela.

El otro centinela, que hasta ahora había permanecido callado dijo:

—Bueno, compañero, quizá no se pierda nada, si consultamos sobre esta visita al Jefe de Guardia.

—Está bien... —repuso el otro. Ve a hablar con él.

El centinela desapareció y al cabo de unos momentos regresó y dijo:

—Bueno, tenéis suerte. Nuestro jefe os conoce y aprueba vuestra entrada. Entrad, un soldado os aguarda para acompañaros hasta los aposentos del Rey.

Mahmud y Zulaima se miraron contentos y avanzaron hacia el Palacio. Un soldado fuertemente armado les guiaba a través de hermosos salones adornados con arabescos. Cruzaron jardines de ensueño cuyas fuentes manaban aguas puras y cristalinas. Al cabo de un rato el soldado dijo:

—Esperad aquí, voy a avisar a la Guardia Personal del Rey. Podéis tomar asiento.

El soldado avanzó a través de un luminoso salón al fondo del cual había un Cuerpo de Guardia. Tras hablar con ellos, el soldado volvió y les dijo:

—Cuando su Majestad dé su autorización , seréis llamados a su presencia.

El soldado se retiró tras una leve reverencia.

Mahmud y Zulaima estaban nerviosos. Mahmud no tanto como Zulaima, pues ya conocía el protocolo para las audiencias del Rey, aunque pocas veces había tenido que cumplirlo, pues las actuaciones del grupo de baile eran gestionadas por un ayudante del Rey.

Mientras esperaban, Zulaima se entretenía alzando la vista para contemplar los ornamentos de la estancia en que se hallaban.

Hermosos motivos florales adornaban las bóvedas. El aire estaba perfumado con la fragancia que llegaba desde los cercanos jardines. La luz traspasaba los ventanales, dibujando graciosas figuras en el suelo.

Llevaban ya un buen rato esperando cuando vieron acercarse a alguien:

—Honorable Mahmud, hermosa joven, Su Majestad os aguarda. Seguidme.

Penetraron por fin en el salón donde se encontraba el Rey. Se acercaron a él con la mirada hacia el suelo, y se arrodillaron ante él:

—Alá os guarde, Mi Señor. —dijo Mahmud.

—Honorable Mahmud. Hace tiempo que no os veía ¿Qué os ha traído hasta aquí?

—Mi Señor, esta mujer que me acompaña me ha pedido que interceda ante Vos en pro de la libertad de un cristiano que tenéis en vuestras mazmorras.

El Rey posó sus ojos en Zulaima y luego se dirigió otra vez a Mahmud:

—¿No es ésta una de tus bailarinas Mahmud?

—En efecto Señor. Es una de mis mejores alumnas, y he de añadir además, que es una de las más hermosas.

—Mahmud, vuestro Rey afortunadamente no es ciego. Decidme mujer, ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Zulaima, Señor.

—Y bien, Zulaima: ¿De qué conocéis a ese cristiano?

—Señor...él me vió un día en el mercado de especias. Se enteró de dónde vivía, y una mañana lo ví en el Albaicín. Me dijo que se llamaba Diego. Que se había enamorado de mí. Permanecimos juntos un rato y luego yo me fui...

—Es evidente, que vos también os enamorásteis de él. De otro modo no estaríais aquí ahora, ante mí ¿No es así?

—Sí, Mi Señor. Es cierto. Yo también me enamoré un poco de él...pero comprendiendo que nuestro amor era imposible, me alejé de él.

—Y queréis que yo le libere ¿No es cierto?

—Sí, Mi Señor. Os prometo que no volveré a verle jamás...Creo que él no cometió ningún crimen enamorándose de mí. Señor, no creo que sea justo que permanezca preso en vuestras mazmorras.

El Rey se mesó la barbilla, y permaneció en silencio unos instantes, como meditando sobre la decisión a tomar. Se arremolinó en su asiento y después se dirigió de nuevo a Zulaima:

—Mujer, no sé si vos sois consciente de que al comparecer hoy aquí, ante mi presencia, con tal petición, estáis poniendo en peligro vuestra vida. Tened en cuenta que vuestra petición se refiere a un cristiano. Por otra parte, habéis mostrado valentía al defender lo que vos creéis que es justo. También creo, que vuestra belleza es suficiente motivo para que cualquier hombre se juegue la vida por vos, sea o no sea éste un cristiano. Por todo lo cual, mujer, voy a aceptar vuestra petición, con la condición de que mantengáis la promesa de no volver a verle más. Esta es mi decisión. Podéis retiraros.

Mahmud y Zulaima, haciendo las oportunas reverencias, se fueron retirando despacio, sin dar la espalda al Rey, y sin osar levantar la vista hacia él hasta que se encontraron en la misma entrada del aposento.

Cuando salieron, ambos se miraron, y sus ojos mostraban la alegría que por dentro experimentaban, pero no pronunciaron palabra hasta que no estuvieron fuera de Palacio.

Capítulo 10

El amo de Fernán y de Diego, el moro de la Vega, se aproximaba a la Alhambra cabalgando a lomos de su espléndido caballo árabe. Cuando avistó el río Darro, se apeó de su montura, y continuó a pie en el corto espacio que le separaba de la entrada norte de la Alhambra.

Había gran animación de gentes en las calles próximas. Era una hora cercana al mediodía. Se dirigió a las grandes puertas del Palacio.

Como de costumbre, un par de centinelas guardaban la entrada.

El amo, ató su cabalgadura a unas argollas dispuestas al efecto, a poca distancia de las puertas. Uno de los centinelas se dirigió a él:

—¿Qué se os ofrece ciudadano?

—Tened buen día señores. Me trae aquí la necesidad de obtener noticias sobre un cautivo cristiano que trabaja para mí allá en la Vega. Su nombre es Diego. Su padre trabaja también para mí. Hemos sabido que han apresado a un cristiano hace poco tiempo y que se encuentra en las mazmorras de la Alhambra. Necesitamos saber si se trata de él.

El centinela arrugó el gesto:

—¡Ummm!...Sí... tenemos aquí a varios cristianos encerrados. ¿Cómo decís que se llama vuestro cristiano?

—Se llama Diego.

—No sé...esperad aquí, voy a ver...

Al cabo de un rato, volvió el centinela arrastrando tras de sí, a un hombre que apenas podía mantenerse en pie:

— ¿Es éste vuestro cristiano?

El amo palideció al ver a aquél hombre. Tenía el rostro y las manos ennegrecidos. La barba crecida. El pelo blanquecino y

revuelto. Sus ropas estaban raídas. Desprendía un olor nauseabundo.

Haciendo un gran esfuerzo para no vomitar, el amo se le acercó y le miró a los ojos:

—¿Eres tú, Diego?

—¡Mi amo!, sois vos, ¡Mi amo!

El moro al fin le reconoció:

—¡Diego, sí, eres tú. Apenas puedo creerlo!

El centinela prosiguió:

—¡Quedaos con vuestro apestoso cristiano! Esta misma mañana ha sido indultado por el Rey. No sé como lo ha conseguido, pero lo cierto es que es libre, imaldita sea! ¡Lleváoslo ya de aquí!

El centinela se estaba acalorando por momentos. La rabia parecía saltarle de los ojos. Apretaba sus rudos puños sobre la lanza que portaba.

El amo agarró a Diego y le sostuvo dificultosamente hasta llegar al caballo.

Impulsándole por las piernas lo alzó, y Diego se agarró a las crines del caballo. Éste se encabritó, y a punto estuvo Diego de caer al suelo. El amo se encaramó después a su montura y advirtió a Diego:

—Agárrate fuerte a mí. No quiero perderte por el camino.

Con premura, abandonaron al trote la Alhambra.

Jamás llegó a saber Diego que Zulaima había intercedido por él, arriesgando así su propia vida.

Diego nunca la olvidaría, y quizá ese permanente recuerdo era el pago que él le ofrecía.

Ella tampoco se olvidaría de él en lo que le quedara de vida.
Su amor, en apariencia imposible, permanecería sin embargo vivo en sus corazones, bien guardado, mientras ambos continuaban con sus vidas.

FIN